

**SARMIENTO Y EL ORDEN POLÍTICO:
LIBERTAD, PODER Y VIRTUD**

*Disertación del académico Dr. Natalio R. Botana, en la
sesión pública de la Academia Nacional de Ciencias Morales
y Políticas, el 24 de agosto de 1988*

PALABRAS DE APERTURA DEL ACTO
DEL ACADÉMICO PRESIDENTE
DR. SEGUNDO V. LINARES QUINTANA

Al cumplirse el centenario de su fallecimiento, la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas rinde hoy fervoroso homenaje a la memoria de Domingo Faustino Sarmiento, uno de los más grandes hombres que en todos los tiempos hayan tenido Argentina y América.

Y ha encomendado a su Miembro de Número, doctor Natalio R. Botana, renombrado sociólogo político y prestigioso escritor, disertar sobre la personalidad de argentino tan preclaro.

Pero antes de que escuchemos, con todo el interés que el tema y el autor merecen, la que será magnífica conferencia, como Presidente de esta Corporación me considero comprometido a pronunciar unas sencillas palabras de admiración y homenaje a aquel gigante intelectual y maestro de las Américas que fuera el ilustre autor de Facundo.

Luchador incansable, en sus Recuerdos de Provincia confiesa su combate sin tregua con la adversidad para lograr su formación intelectual. "Volviendo a mi educación —ha escrito en ese libro—, puede decirse que la fatalidad intervenía para cerrarme el paso."

Sarmiento fue hombre de acción y ejecutor formidable; pero también y primordialmente fue hombre de ideas. Como dijera Lugones: "porque formula teorías y predica principios, cree en el poder sustantivo de las ideas. Hombre de acción no es un mero empirista. He aquí una cualidad suya: no dejarse ganar por el hecho puro, leer en él

la doctrina que subraya". Y agrega que "el primer mandato del credo sarmientista consiste en tener ideas. Fiel a ese mandato no hay acto o escrito suyo, entre tantos como produjo, que no respondan a un concepto. Las ideas se suceden continuamente en su cerebro, a manera de cascadas". Y Lugones recuerda dos frases del autor de Facundo: "La falta de ideas es la barbarie pura" (Obras completas, t. XXV, p. 105); "La causa de los trastornos sociales no está en la tierra sino en las ideas" (Obras completas, t. IX, p. 263)¹.

Por eso es que, camino al exilio, escribió con carbón, al pie de los Andes, la conocida frase que él atribuye a Fortoul y que según Groussac es de Volne: on ne tue point les idées, que él vertió al castellano: bárbaros, las ideas no se degüellan².

Ha sostenido, con acierto, Martínez Estrada que "Sarmiento no había nacido para la acción, sino para un pensamiento susceptible de devenir acción. Era un escritor, un pensador nato. Había nacido para la acción por el pensamiento. Organizado para captar inmediatamente el significado esencial de los hechos y de las personas, con un don intuitivo que le permitía penetrar en los seres e interpretarlos en muchos casos a fondo, pensar, pensar y escribir era la misión propia de su sino. Escribir también es un trabajo manual. Necesitó por la misma naturaleza de su pensamiento apasionado, que se inflamaba ante la injusticia y la ignorancia, hacer de la acción otro de sus instrumentos de expresión".

Y así como fue un escritor, un pensador nato, nacido para la acción por el pensamiento, Sarmiento fue también un jurista, un constitucionalista nato, nacido para la acción política por el pensamiento, que captaba, inmediatamente y con inigualable fidelidad, el significado esencial de los hechos, de las personas, como también de las instituciones que hacían al drama político del país.

Imbuido de la idea madre de que la ciencia política y constitucional es la ciencia de la libertad, Sarmiento fundamentó todas sus brillantes construcciones jurídico-políticas sobre tan esencial principio. "Yo creo en la libertad...", profesaba en una carta dirigida a José Posse el 30 de abril de 1855.

¹ LEOPOLDO LUGONES, *Sarmiento*, Buenos Aires, 1929, p. 310.

² LEOPOLDO LUGONES, *Sarmiento*, p. 38.

Sostuvo también que “nuestra idea del gobierno es que es un instrumento o una combinación de medios para asegurar la libertad de los individuos, sin perturbar la tranquilidad pública”³. Afirmaba, también, que “las disposiciones constitucionales tienen por base fundamental los principios eternos del derecho... Las garantías, el bill of rights, los derechos del hombre, son superiores a la Constitución, y en ella sólo figuran como limitación del legislador, para que en nombre de la soberanía que inviste no se atreva a pasar por encima de los grandes principios que la humanidad ha venido conquistando y nos ha legado”⁴.

Consideraba, asimismo, que “la Constitución no se ha hecho únicamente para dar libertad a los pueblos; se ha hecho también para darles seguridad, porque se ha comprendido que sin seguridad no puede haber libertad”⁵.

Con la experiencia de toda su vida, había aprendido que la libertad no puede ser gozada sino al precio de ganarla todos los días. “La libertad —escribió—, como todos los beneficios sociales, requiere larga preparación. No nos basta que hayamos sacudido un yugo extraño y proclamado las formas de la democracia o la igualdad de derechos ante los asociados”. Y agregaba: “prepararnos para la libertad, allanar los caminos que conducen a la perfecta asociación, cuyo prospecto encierran nuestras instituciones, realizar el programa de la Revolución, esta es la ocupación primordial del momento presente, y a la que deben dirigir sus conatos el pueblo, el gobierno, las cámaras y la prensa”⁶.

Profundo conocedor de la dinámica de las instituciones a través de la experiencia política de los pueblos, el inmortal argentino escribía en el diario “El Nacional”, el 25 de febrero de 1857: “El silencio y la tranquilidad aparente que imprime el despotismo, toma las características de la salud, mientras que el bullicio y la agitación de los pueblos libres aparecen como síntomas de malestar”⁷.

“El genio de Sarmiento —ha escrito Ricardo Rojas— consiste en haber sido predestinadamente, porfiadamen-

³ DOMINGO F. SARMIENTO, *Obras completas*, t. XXXIII, p. 152.

⁴ DOMINGO F. SARMIENTO, *Obras completas*, t. XXXIII, p. 33.

⁵ DOMINGO F. SARMIENTO, *Obras completas*, t. XX, p. 104.

⁶ DOMINGO F. SARMIENTO, *Obras completas*, t. IX, p. 59.

⁷ DOMINGO F. SARMIENTO, *Obras completas*, t. XIV, p. 213.

te, inquebrantablemente, y con una abundante riqueza de sensibilidad, de inteligencia, de voluntad, que superan la media humana, la conciencia viva personificada y agorera de su patria, en todas las direcciones posibles del tiempo, del espacio y del espíritu”⁸.

Esa genialidad, proyectada en el área del derecho constitucional y la ciencia política, se evidencia principalmente a través de Facundo, de sus Comentarios de la Constitución, de Argirópolis, de sus discursos parlamentarios, de sus escritos periodísticos escritos al correr de la pluma y bajo el influjo de las pasiones del momento, que traducen siempre una extraordinaria inteligencia, una amplia preparación de autodidacta y, sobre todo, intuiciones verdaderamente notables, que sorprenden como anticipos de estudios y conclusiones operados muchos años después.

La singular practicidad y el notable realismo en su accionar, no impidió que su genialidad le llevara no pocas veces; a dar alas a su formidable imaginación creadora y, henchido de patriotismo, tuviera visiones proféticas de la grandiosidad del futuro de la tierra nativa.

“La República Argentina —decía— ha sido trazada por la regla y el compás del Creador del Universo.”

El gran argentino tenía conciencia de las vicisitudes y dificultades que nuestro país debería superar en la marcha del proceso institucional. “Nuestro sistema de gobierno —escribió— es para nosotros una teoría que tardará mucho tiempo en realizarse, sin que valgan para acelerar su perfección los deseos aislados de algunos pocos. Nuestro interés, el interés de los hombres ilustrados, de los que aspiran a la libertad, está en ganar tiempo, en dar lugar a que las nuevas costumbres se fortifiquen, en esperar a que las ideas de los hijos de la revolución se engrosen, a que las nuevas ideas se difundan y arraiguen. En esto está el interés de los amantes de la libertad; sin que por eso pretendamos que duerman mientras tanto y abandonen el poder a quien quiera manejarlo. Jamás hemos dicho: dejad hacer al gobierno; muy al contrario, siempre hemos contestado a los que todo lo esperan de él: trabajad vosotros por ser libres”⁹. Por eso pensaba que “los pueblos no marchan a empujones. Se necesita tiempo

⁸ RICARDO ROJAS, *Historia de la literatura argentina*, t. 5, p. 339.

⁹ DOMINGO F. SARMIENTO, *Obras completas*, t. IX, p. 108.

para que maduren sus instituciones y den éstas sus frutos”¹⁰.

Creía, también, que “la construcción de una nación como la nuestra es la obra lenta del tiempo, mediante esfuerzos y sacrificios”¹¹.

Como eximio constitucionalista que fue, Sarmiento unió a sus vastos conocimientos de la ciencia política y constitucional, auténticas dotes de hombre de Estado. Bien dijera Aristóbulo del Valle ante el sepulcro de este gigante del pensamiento y la acción: “sus principios de estadista pueden formularse en dos renglones: autoridad en el gobierno, libertades para el pueblo, todo dentro de la Constitución y de la ley”¹².

Por eso, desde el sillón de Rivadavia pudo proclamar sincera y solemnemente: “yo quiero hacer un gobierno de leyes y no de hombres, y en cuanto a éstos, sólo les pido altitud, honradez y el sentimiento del honor y el deber”¹³.

Sarmiento satisfacía con amplitud las condiciones que él mismo exigía del estadista: “anticiparse a las manifestaciones de una situación nueva, ver de lejos venir los acontecimientos, y preparar el terreno en que han de desenvolverse, cuando la opinión pública se haya despertado y se empiece a generalizar el conocimiento de lo que un país necesita, para asimilar nuevos elementos de ventura”¹⁴.

Admirador del enfoque experimental y realista del famoso autor de La Democracia en América, afirmaba Sarmiento que “a la América del Sud en general, y a la República Argentina, sobre todo, le ha hecho falta un Tocqueville, que premunido del conocimiento de las teorías sociales, como el viajero científico de barómetros, octantes y brújulas, viniera a penetrar en el interior de nuestra vida política, como en su campo vastísimo, y aún no explorado ni descrito por la ciencia, y revelase a la Europa, a la Francia, tan ávida de fases nuevas en la vida de las diversas porciones de la humanidad, este nuevo modo de

¹⁰ DOMINGO F. SARMIENTO, *Obras completas*, t. IX, p. 59.

¹¹ DOMINGO F. SARMIENTO, *Obras completas*, t. LI, p. 14.

¹² DOMINGO F. SARMIENTO, carta a Augusto Belin Sarmiento, Buenos Aires, marzo 1874, *Obras completas*, t. LI, p. 384.

¹³ DOMINGO F. SARMIENTO, carta al general Octaviano Navarro, 26 junio 1869, *Obras completas*, t. L, p. 183.

¹⁴ DOMINGO F. SARMIENTO, *Obras completas*, t. XXIII, 110.

ser que no tiene antecedentes bien marcados y conocidos”¹⁵.

Fue el propio Sarmiento quien llenó ese vacío y utilizando el enfoque sociológico político, penetró con su análisis en lo más vivo y palpitante de la realidad argentina, estudiando los defectos y las virtudes de gobernantes y gobernados y fustigando implacablemente sus vicios políticos y en primer lugar el caudillismo y la ignorancia. Y si para sus impetuosos y águdos escritos no pudo disponer de los medios técnicos y científicos de Tocqueville, los suplió con su genio y observación directa, muchas veces resultante de su propio carácter de protagonista de primera fila del drama político de la República.

Actor relevante en la agitada vida política del país, Sarmiento opinó y escribió sobre la ciencia política y constitucional simultáneamente a su actuación descollante; por lo cual sus vibrantes páginas trasuntan siempre la misma pasión que su autor puso en la lucha política, en la cual, si alguna vez pudo equivocarse, movióse siempre con la sincera inspiración de lo que creía mejor para el progreso de la patria. No es de extrañar que por la asombrosa clarividencia que demostró siempre, revelara en política lo que en medicina suele llamarse un certero ojo clínico, a la vez que un agudo sentido práctico y una sin par ejecutividad.

No obstante que Sarmiento escribió innumerables páginas, en libros y artículos periodísticos, sobre la teoría política y constitucional, demostrando cabal información y dominio de los principios, siempre se manifestó como un profundo conocedor de la praxis política, y muchas veces jactóse de su criterio esencialmente práctico y realista. Desde París, el 4 de setiembre de 1846, escribía a Antonio Aberastain: “¿Quiere usted un hombre más práctico, doctor? ¡A mí hombre teórico! ¿A mí, que no pido como Arquímedes sino un punto de apoyo para poner mi patria o la de otros, patas arriba, porque no soy difícil en punto a la propiedad y pertenencia de las patrias?”¹⁶.

Ha dicho Lugones que “el Facundo constituye todo el programa de Sarmiento. Sus ideas literarias, su propaganda política, sus planes de educador, su concepto histórico, están ahí. Es aquella nuestra gran novela política y

¹⁵ DOMINGO F. SARMIENTO, *Facundo*, La Plata, 1938, ps. 178/179.

¹⁶ DOMINGO F. SARMIENTO, *Obras Completas*, t. V, p. 115.

nuestro gran estudio constitucional: una obra cíclica. Los Recuerdos de Provincia, libro más sobrio y maduro, el mejor de Sarmiento literariamente hablando, son de aquella simiente. Representan con Facundo la tentativa lograda de hacer literatura argentina, que es decir patria: puesto que la patria consiste ante todo en la formación de un espíritu nacional cuya exterioridad sensible es el idioma. Perdida toda reminiscencia de escuela, es esta cosa eterna y enorme: el padre de una literatura, el representante de un pueblo. Aquel doble poema queda incorporado a la nacionalidad de una manera irrevocable. Desapareciera ésta, y todavía el espíritu argentino quedaría vivo en él". Y concluye Lugones diciendo que "Sarmiento y Hernández con su Martín Fierro, son los únicos autores que hayan empleado elementos exclusivamente argentinos y de ahí su indestructible originalidad"¹⁷.

El insigne filósofo francés Jacques Maritain ha señalado que además de la racionalización técnica de la política —la cual pasa a ser el arte de conquistar y mantener el poder por cualquier medio y su ilusión es el éxito inmediato—, existe otro tipo de racionalización de la vida política, que no es artística ni técnica, sino moral y que implica el reconocimiento de los fines esencialmente humanos de la existencia política y de sus raíces más profundas: libertad, justicia, paz, ley, amor.

Como advierte Maritain, este modo de racionalización política nos lo descubrió Aristóteles y con él los grandes filósofos de la antigüedad y los grandes pensadores medievales, y concluyó en la concepción democrática puesta en vigor durante el pasado siglo. Y concluye afirmando que la democracia es el único camino para obtener una racionalización moral de la política.

Y bien; en otro de sus atisbos geniales, el bien llamado profeta de la pampa, sostenía, en 1849, que "la política humana, pues, no ha hecho tantos progresos como la moral, y puede ser todavía puesta aquella ciencia primordial en el número de las especulativas, no obstante de referirse al hecho más antiguo, más duradero, más actual, que es la sociedad en que vivimos. A la especie humana en general, le falta un sentido, si es posible decirlo. A la con-

¹⁷ LEOPOLDO LUGONES, *Historia de Sarmiento*, Buenos Aires, 1945, p. 165.

ciencia que regla las acciones morales entre los hombres, falta añadir otra cosa que indique, con la misma seguridad, los deberes y derechos que constituyen la asociación, la moral en grande, entre familias, ciudades, Estados y naciones, completada más tarde por las leyes de la humanidad entera”¹⁸.

Sarmiento estaba profundamente compenetrado de que fundándose la democracia en la voluntad soberana del pueblo, es condición esencial para el correcto funcionamiento del sistema, la adecuada capacitación cívica de los habitantes, que forme en cada individuo una auténtica conciencia político-institucional que determine un claro sentimiento de responsabilidad en el ejercicio de la función soberana de elegir y controlar a los gobernantes. Por eso sostuvo, a través de toda su existencia, que “es la educación popular la única esperanza de este y todos los pueblos que aspirando a la libertad, aspiren a habilitarse para las austeras funciones de la democracia”¹⁹.

Por eso preconizaba que “la dignidad del Estado, la gloria de una Nación, no pueden ya cifrarse sino en la dignidad de condición de sus súbditos; y esta dignidad no puede obtenerse sino elevando el carácter moral, desarrollando la inteligencia y predisponiéndola a la acción ordenada y legítima de todas las facultades del hombre”²⁰. Pensaba, en fin, que “la perfección de las instituciones supone para nosotros el previo desarrollo de la inteligencia y de las ideas del pueblo que con ellas se propone regir”²¹.

Por sobre sus excepcionales condiciones de pensador, de escritor y de hombre de Estado, asoma siempre en Sarmiento su específica vocación de educador, que se manifiesta en todos los actos de su fecunda vida y que lo muestra como un admirable y permanente sembrador de conocimientos y de ideas, al mismo tiempo que forjador de espíritus libres y republicanos.

“Educar al soberano” erigía Sarmiento como misión fundamental y prioritaria para el progreso del país y, sobre todo, para el correcto funcionamiento de las institu-

¹⁸ DOMINGO F. SARMIENTO, *Viajes*, en RICARDO ROJAS, *El pensamiento vivo de Sarmiento*, p. 75.

¹⁹ “Revista Argentina”, 1868, p. 16.

²⁰ DOMINGO F. SARMIENTO, *Educación popular*, p. 33.

²¹ DOMINGO F. SARMIENTO, *Obras completas*, t. IX, p. 281.

ciones democráticas. Por eso el formidable maestro clamaba: "Las escuelas son la democracia"²².

Un día, cansado pero no vencido, sacudiéndose el polvo del largo y dificultoso camino recorrido, pudo exclamar el gran argentino: "¡ando peregrinando por la tierra de nuevo en busca de instrucción para el pueblo!"²³. Y al saber que sería elegido Presidente de la Nación, encontrándose en los Estados Unidos, no pudo menos que pedir a su secretario, Bartolito Mitre, que dijera, en su nombre, en el acto en el que la Universidad de Michigan le otorgó el título de doctor honoris causa: "asegúreles que si mis conciudadanos me honran con sus votos para regir los destinos del país, seré en la Presidencia de la República, como siempre, ante todo maestro de escuela"²⁴.

Luchó toda su vida contra el caudillismo, que durante tantos años detuvo el progreso institucional del país. Pudo, así, decir desde su banca de senador: "Yo soy don yo, como dicen; pero este don yo ha peleado a brazo partido veinte años a don Juan Manuel de Rosas, y lo ha puesto bajo sus plantas, y ha podido contener en sus desórdenes al general Urquiza, luchando con él y dominándolo; todos los caudillos llevan mi marca"²⁵.

Pudo así afirmar con justicia que los afanes que nunca abandonó a través de su vida fueron: "destruir los caudillos y promover la educación del pueblo"²⁶.

En su diario de campaña en el Ejército Grande, escribió en una noche de desvelo: "Si la libertad argentina sucumbe, es decir, si el caudillaje triunfa de nuevo, habré sucumbido yo también con los míos, y el mismo polvo cubrirá Civilización y barbarie, Crónica, Argirópolis, Sud América y Campaña en el Ejército Grande"²⁷.

En la oración fúnebre que pronunciara, como vicepresidente de la Nación, al llegar del Paraguay los restos de Sarmiento, dijo Carlos Pellegrini: "Fue el cerebro más poderoso que haya producido la América, y en todo tiempo y en todo lugar, hubiera tendido sus alas de cóndor y

²² DOMINGO F. SARMIENTO, *Obras completas*, t. XXI, p. 247.

²³ DOMINGO F. SARMIENTO, *Campaña en el ejército grande de Sud América, Obras completas*, t. XIV, p. 65.

²⁴ DOMINGO F. SARMIENTO, *Obras completas*, t. XXIX, p. 385.

²⁵ DOMINGO F. SARMIENTO, sesión de la Cámara de Senadores del 8 de julio de 1875, *Obras completas*, t. XIX, p. 255.

²⁶ DOMINGO F. SARMIENTO, *Obras completas*, t. XXII, p. 389.

²⁷ DOMINGO F. SARMIENTO, *Obras completas*, t. XIV, p. 355.

morado en las alturas. Nacido hace un siglo, hubiera sido una de las primeras figuras de nuestra emancipación política, arriba de Moreno y al lado de Rivadavia. Nacido en el primer año de la Revolución, ha sido el que vio más lejos, en el porvenir, los destinos de nuestra patria y quien mejor comprendió los medios de alcanzarlos. Ha sido el faro más alto y más luminoso de los muchos que nos han guiado en la difícil senda. Escritor, orador, legislador, ministro, presidente, su labor ha sido vasta y continua. Fue apóstol y fue soldado”.

Es que —como dijera el ilustre antiguo miembro de número de esta Corporación Alfredo L. Palacios—, Sarmiento “por el impulso de su genio y su pasión salvaje por la libertad, sigue siendo un símbolo que encierra los valores de la nacionalidad y sirve de paradigma de acción y valentía. Sarmiento es el arquetipo de una raza en cuyo destino colaboró la proeza”²⁸.

²⁸ ALFREDO L. PALACIOS, *Sarmiento y los caudillos*, conferencia pronunciada en el Instituto Popular de Conferencias, “La Prensa”, 6 de setiembre de 1958, p. 3.